

LA DIMENSION SOCIAL DE LA SEXUALIDAD

LA ETICA TRADICIONAL: FUNCION INDIVIDUAL Y SOCIAL DEL SEXO

Una de las características más acusadas de todos los planteamientos éticos ha sido, sin duda, su excesiva orientación individualista. El enfoque de la moral hacia la práctica de la confesión privada, con todos sus requisitos, exigía un conocimiento de la situación personal de cada uno, para discernir el grado de culpabilidad existente. Los factores externos eran estudiados en función del influjo, que pudiera recaer sobre la libertad o el conocimiento del propio individuo.

La sexualidad, más en concreto, pertenecía al mundo privado de la intimidad. Su ejercicio quedaba regulado por unas normas e imperativos que trataban de controlar y someter los impulsos genésicos a las exigencias naturales de esta función. Como «el semen humano y el deleite venéreo han sido ordenados por Dios únicamente a la procreación del hombre en legítima unión conyugal»¹, cualquier comportamiento que no estuviera subordinado, de alguna manera, a la subsistencia de la especie se consideraba de inmediato inaceptable y pecaminoso. La ética sexual encontraba aquí su punto de partida y fundamento. La explicación última de todo pecado consistía en esta negación de la fecundidad.

Es cierto que, desde esta perspectiva, el sexo ha tenido siempre una apertura a la sociedad. Semejante dimensión nadie ha podido negarla en la historia, pues constituye el único camino posible para la

¹ Era el principio fundamental, mantenido en toda la tradición, y recogido por A. M.^a ARREGUI en su célebre texto *Compendio de teología moral*, Bilbao 1958, número 248.

permanencia del hombre. La procreación entra de lleno en el horizonte del sexo, como una de sus exigencias fundamentales.

Se ha subrayado justamente que una de las reglas más universales, que en todas las culturas ha regulado el ejercicio de la sexualidad, tenía también este carácter social y comunitario. La prohibición del incesto, un hecho generalizado según los datos sociológicos, no nace tanto de un pudor ético o de una preocupación genética por evitar los peligros de matrimonios consanguíneos, sino que encierra un significado diferente: la ruptura del círculo estrecho de la propia familia, obligando a entablar nuevas relaciones con otros grupos sociales². Su reglamentación no aparecía tanto como un elemento represivo, sino que se convertía más bien en una fuente de comunión. La familia nuclear salía de su aislamiento para injertarse en otro clima ajeno y diferente.

INFLUJO DE LA SOCIEDAD EN EL COMPORTAMIENTO SEXUAL

En este sentido, la sexualidad aparece como un factor de progreso social, y podría hablarse, por tanto, de la dimensión sexual de la sociedad. Es lo que se ha subrayado siempre, cuando se repetía —y todavía se insiste, con razón— que el matrimonio y la familia constituyen la célula primera de la comunidad humana.

Sin embargo, lo que no se había explicitado con tanta fuerza era la influencia de la sociedad en la configuración del comportamiento sexual. Lo que podríamos llamar propiamente la dimensión social de la sexualidad. No sólo por las resonancias que todo ambiente ejerce sobre las personas para facilitar o entorpecer cualquier tipo de conducta, sino por las presiones sociales que modelan de una manera eficaz, aunque inconsciente, los comportamientos concretos y hasta los mismos modelos sexuales, que se consideraban como orientadores y válidos para la praxis cristiana³.

Sintetizar los diferentes pasos y aportaciones, que se han dado precisamente en este último siglo, es lo que ahora pretendo en estas líneas. Una reflexión sincera sobre los autores que han subrayado esta

² C. L. LEVI-STRAUSS, *Les structures élémentaires de la parenté*, Paris 1978. Cf. también J. M. AUBERT, *Sexualité et vie sociale*, Suppl. 27 (1974) 458-479.

³ Cf. H. DE LAVALETTE, *Sexualité et politique*, Rech.scien.relig. 62 (1974) 50-88; J. BASABE, *Sexualidad y política*, Mis.Abier. 69 (1976) 403-409. Interesante, desde este punto de vista, el trabajo de G. FOUREZ, *Choix éthique et conditionnement social*, Paris 1979.

perspectiva, aunque no estemos de acuerdo con todos sus fundamentos, ni compartamos su ideología, servirá para confirmar, completar y corregir nuestra visión ética de la sexualidad.

LA IMPORTANCIA DEL PSICOANÁLISIS

La primera llamada de atención fue dada sin duda por el psicoanálisis. El gran descubrimiento de Freud consistió en señalar la complejidad extraordinaria de la sexualidad humana y su importancia en la evolución de la persona, desde los comienzos de su vida. Hasta entonces era opinión generalizada —y así se ha mantenido todavía hoy por algunos— que su existencia comenzaba con el desarrollo y transformaciones de la juventud. Hablar de la sexualidad infantil produjo un verdadero escándalo y fue uno de los motivos determinantes para el rechazo y la crítica contra estas ideas revolucionarias, que parecían inaceptables por ese brutal pansexualismo.

Un conocimiento más exacto de este nuevo concepto, que no puede ser simplemente identificado con el de genitalidad, y los datos ofrecidos por la misma biología han llevado a la aceptación unánime de que el sexo —en su sentido más amplio— constituye una dimensión básica del ser humano. Su dinamismo está presente y configura al hombre desde el momento de su concepción⁴.

Mayor trascendencia tuvo todavía su explicación sobre la enorme conflictividad existente a lo largo de todo el proceso evolutivo. Sin entrar ahora en las diferentes teorías, que el mismo Freud expresó, sobre las pulsiones libidinales, hay algo mucho más hondo e importante. La sexualidad no es una fuerza unificada en sus comienzos, sino como un haz de impulsos parciales, que se manifiestan de diferentes modalidades, a través de un itinerario progresivo, hasta alcanzar un grado de maduración. Las diversas etapas infantiles por las que atraviesa repercuten después positiva o negativamente —según el éxito alcanzado en su recorrido anterior— sobre la vida sexual del adulto⁵. De ahí la urgencia de una adecuada acción pedagógica y educativa durante este período, que mantenga una postura equilibrada entre un doble extremismo radical.

⁴ «Que la sexualidad no deba identificarse con la genitalidad, que representa solamente uno de los aspectos de aquélla, es cosa ya sabida y hasta a veces repetida; pero no siempre nos damos cuenta de que esta distinción tiene un preciso fundamento objetivo», G. SANTORI, *Aspectos medicobiológicos de la educación sexual*, en M. PERETTI (dir.), *La educación sexual*, Barcelona 1975, 69.

⁵ Véase, p. ej., L. CENCILLO, *Raíces del conflicto sexual*, Madrid 1975.

UN EQUILIBRIO DIFÍCIL: DIALECTICA DEL PLACER Y DE LA REALIDAD

Por una parte, es necesaria una ascética psicológica que impida una conducta basada exclusivamente en el principio del placer. Los impulsos sexuales ciegos, anárquicos y agresivos deben quedar subordinados al principio de la realidad, como condición imprescindible para que la naturaleza salvaje se convierta en cultura, mediante la sublimación de esas fuerzas, dirigidas ahora hacia otras tareas superiores. Pero, por otra parte, hay que evitar con el mismo cuidado todas aquellas estructuras que eliminen tales impulsos con el mecanismo de la represión. Semejante intento sólo serviría para impedir una integración humana del sexo, que buscaría sus escapes por otros caminos diferentes, y alcanzaría incluso un carácter neurótico y conflictivo.

Si Freud no dejó de alabar la corriente ascética del cristianismo, que «creó para el amor valoraciones psíquicas que la antigüedad pagana no había podido ofrendarle jamás»⁶, también criticó duramente la función represiva y patológica fomentada por la familia, la moral y la religión. Por ello, saludó con cierta esperanza a la revolución soviética, que traería la superación de esta sexualidad reprimida y el aniquilamiento de toda idea religiosa, aunque después terminará desengañado ante las nuevas formas de opresión y los nuevos mitos que siembran ilusiones y prometen paraísos⁷.

De cualquier manera, aquí queda ya un primer punto de reflexión. La tarea educativa de la sociedad —familia, escuela, iglesia, moral— exige un equilibrio difícil y dialéctico para no impedir demasiado el principio del placer, fomentando una conflictividad más o menos neurótica, ni dar salida plena a todas sus exigencias, que impediría el progreso, la maduración y, en último término, la misma cultura.

El niño se encuentra, pues, en manos de una sociedad que incons-

⁶ *Sobre una degradación general de la vida erótica*, en *Obras completas*, Biblioteca nueva, Madrid 1972-1975, V, 1715.

⁷ «Los comunistas creen haber descubierto el camino hacia la redención del mal», *El malestar en la cultura*, o.c., VIII, 3047. En *Nuevas aportaciones al psicoanálisis* afirma que el marxismo «ha creado una prohibición de pensar tan implacable como la de la religión en su tiempo... Ha prohibido toda investigación sobre la teoría marxista y las dudas sobre su exactitud son tan castigadas como en otros tiempos la herejía por la Iglesia católica. Las obras de Marx se han tomado, como fuente de revelación, en lugar de la Biblia y el Corán...», VIII, 3204. Véase también F. GANTHERET, *Freud y el cuestionamiento político social*, en AA. VV., *Marxismo, psicoanálisis y sexpol*, Buenos Aires 1973, II, 59-72.

cientemente, pero con una extraordinaria eficacia, modela e imprime a su sexo una determinada configuración, que ha de influir, para bien o para mal, en su comportamiento posterior. Cuando Freud se atrevió a definirlo como «un perverso poliformo»⁸, sólo quería insistir en esa absoluta plasticidad de su psiquismo, que lo hace indefenso frente a las influencias de su ambiente y de sus relaciones afectivas, desde los primeros momentos de su existencia.

DIFICULTADES MARXISTAS A LOS PLANTEAMIENTOS FREUDIANOS

Estas influencias sociales, que puso de manifiesto el psicoanálisis, no fueron bien recibidas por los ideólogos marxistas. Sus descubrimientos y renunciaciones se consideraban como producto de una cultura burguesa, irreconciliable con el materialismo dialéctico, hasta estigmatizarla como una doctrina contrarrevolucionaria e imperialista. De la misma manera que Freud no comprendió la importancia de los factores económicos en las ideologías y conductas humanas, tampoco se quiso aceptar, en el comunismo primero, la influencia de los mecanismos psicológicos e inconscientes. Su vinculación con la burguesía y las clases opresoras le hizo aparecer con una imagen demasiado negativa, pues se consideró, incluso, como un elemento conservador para mantener el mismo tipo de sociedad capitalista que se quería eliminar con la revolución.

No son problemas psíquicos e internos, sino las estructuras sociales y económicas las que dibujan un determinado modelo de sexualidad, que sirve también para mantener las diferencias de clases, los privilegios del poder y hacen del oprimido una persona débil y sin resistencia. De ahí que el psicoanálisis fuera juzgado como un capricho burgués, como una hipótesis arbitraria repugnante, que ha nacido en el seno de una sociedad imperialista y constituye un obstáculo ideológico al materialismo dialéctico y a su doctrina revolucionaria⁹.

⁸ *Una teoría sexual, o.c.*, II, 1205. Sobre las influencias primeras del ambiente, R. SPITZ, *El primer año de la vida del niño*, Madrid 1973, y D. STERN, *La primera relación madre-hijo*, Madrid 1978.

⁹ S. MOSCOVICI, *La psychanalyse, son image, son public*, Paris 1974, donde hace una exposición de la postura stalinista. También J. M. BROHM, *Psicoanálisis y revolución*, en AA. VV., *o.c.* (n. 7), 172-229.

MARXISMO Y PSICOANÁLISIS: UN DOBLE ENFOQUE COMPLEMENTARIO

Pronto se descubrió, sin embargo, la importancia del psicoanálisis en el estudio de la misma realidad social. Si éste había provocado el rechazo y la enemistad de los poderes establecidos por el descubrimiento de aquellas verdades ocultas en el inconsciente personal, que no querían reconocer a la luz pública¹⁰, muchos psicoanalistas habían quedado prisioneros y temerosos ante el inconsciente colectivo, que buscaba mantener los intereses de la clase dominante y se mostraban recelosos ante el análisis marxista de la realidad. Por eso, aunque no de una manera explícita, Freud abrió el camino a una praxis revolucionaria y se comenzó a estudiar todas sus implicaciones políticas y sociales. Si él no quiso tolerar nada —arte, religión, mitos, educación, cultura...— que permaneciera en la sombra del inconsciente; si atacó cualquier ideología ilusoria en búsqueda de las raíces más profundas del hombre, su valentía hay que llevarla hasta el extremo y no creer en la posibilidad de un verdadero cambio interior, mientras no se eliminen las estructuras sociales vigentes.

Freud —se dice— capituló en este terreno. Así como no vaciló en denunciar polémicamente la mentira hipócrita de la religión o de la moral sexual, no quiso levantar su voz, en aras de una falsa ideología neutralista, contra el orden social establecido¹¹. Al negarse a tomar esta opción, se quedó a medio camino en su lucha por la verdad y se convierte, al mismo tiempo, en defensor de un reformismo que no llega hasta las últimas conclusiones. La burguesía podría defender la represión, en su vertiente freudiana, sin traicionar a su clase, ni plantearse siquiera el problema de su existir. «Freud nada sabe acerca del papel que ha desempeñado. El que ha desenmascarado al inconsciente ha sido inconscientemente el instrumento de procesos históricos cuyas leyes él desconoce»¹².

El psicoanálisis encontraría así en el marxismo su enriquecimiento y complementariedad. Una vez descubiertos los móviles de la conducta en la psicología del individuo, habría que insistir en los motivos económicos, que configuran las estructuras políticas y sociales.

¹⁰ Véase, p. ej., *Historia del movimiento psicoanalítico, o.c.*, V, 1851-1867, y *La resistencia contra el psicoanálisis*, VIII, 2801-2807.

¹¹ «... El psicoanálisis se verá negado de toda posibilidad de influir sobre la educación, en cuanto confiese intenciones inconciliables con el orden social vigente», *Psicoanálisis y medicina, o.c.*, II, 768.

¹² F. STERNBERG, *Marxismo y represión*, en AA. VV., *o.c.* (n. 7), I, 106.

Pero, por otra parte, el marxismo debería aprovecharse también de los métodos aportados por el psicoanálisis para la explicación de otros fenómenos, cuya etiología pertenece más al ámbito del psiquismo que al de la economía. La docilidad impresionante de las masas a un totalitarismo autoritario, que va contra los intereses de las clases proletarias, no puede comprenderse nada más que por los elementos de naturaleza psicológica. A la justificación demasiado materialista y externa del marxismo, el psicoanálisis puede demostrar cómo esas ideologías son expresiones racionalizadas de otras necesidades instintivas, que influyen extraordinariamente en la conducta humana, pues no podemos olvidar que las leyes económicas actúan sobre una psicología compleja, que tiene, a su vez, su propia estructura y sus mecanismos de reacción. Su empleo, por consiguiente, dentro del materialismo histórico, supondría un conocimiento mucho más ampliado de las fuerzas que regulan el proceso social y una seguridad mayor en la comprensión de los procesos históricos y de las ideologías influyentes de cualquier sociedad.

W. REICH FRENTE A LA ORTODOXIA PSICOANALITICA

Reich representa una de las primeras tentativas de esta vinculación y es considerado como fundador de la corriente freudo-marxista¹⁸. Su oposición a Freud, que motivó su expulsión de la Asociación psicológica internacional, nace por no defender la exigencia de un ascetismo para que las pulsiones instintivas se conviertan en un fenómeno cultural. Desde esta perspectiva, *El malestar en la cultura* le resultaba absolutamente intolerable, pues la renuncia al principio del placer no es ninguna condición para la cultura, sino algo impuesto desde fuera por la sociedad para someter a los individuos al orden imperante. El instinto no necesita ningún tipo de control. Con él sólo se quiere justificar, partiendo de una concepción falsa del sexo, la gigantesca represión que pesa sobre el psiquismo, y que hace de las personas unos seres dóciles y sumisos. Todo orden político crea las formas de personalidad y carácter que necesita para mantenerse y evitar su caída.

La Iglesia, el Estado, la escuela y la familia pregonan la urgencia

¹⁸ Un estudio sintético de su pensamiento en J. L. SCHLEGEL, *Sexualité et société, marxisme et psychanalyse selon W. Reich*, Proyet núm. 101 (1976) 44-61. M. SIMÓN, *Comprender la sexualidad hoy*, Santander 1978, 73-98. Más ampliado en C. SINELNIKOFF, *L'oeuvre de Wilhelm Reich*, Paris 1970. Sobre su historia compleja y accidentada, E. Díez ARAUJO, *Wilhelm Reich, sexo y revolución*, Verbo 17 (1978) 551-595.

de este sistema represivo, en el que la sexualidad no puede ejercitarse con una libertad absoluta, ya que constituye el mejor instrumento para justificar y fortalecer los intereses de clase. Los individuos y las sociedades «pestíferas», que defienden una constante frustración sexual por razones biológicas, psíquicas, culturales o éticas, ocultan un discurso mucho más profundo, perverso y soterrado: mantener un dominio autoritario y patriarcal, que impida cualquier cambio o evolución hacia otras estructuras diferentes.

Las pulsiones destructoras, que pueden constatarse en el hombre, no radican en la naturaleza de la libido, ni los conflictos tienen una base interna, dinamizada por las tensiones del psiquismo. Su formación queda explicada únicamente por los obstáculos que la sociedad impone para la satisfacción de nuestras necesidades vitales. El hombre sería normal cuando no encontrara ningún impedimento que le prohibiera responder, con absoluta espontaneidad, a las exigencias orgiásticas de su naturaleza.

EL IDEOLOGO DE LA REVOLUCION SEXUAL: DIFICULTADES CON EL PARTIDO COMUNISTA

Con este presupuesto, un tanto cismático de la ortodoxia psicoanalítica, se convirtió en el gran ideólogo de la revolución sexual. La verdadera terapia sólo puede darse en la plena satisfacción genital, obtenida por el orgasmo, que rompe la coraza neurótica impuesta en cualquier educación represiva. Su grito de protesta va contra todas las normas existentes y posibles, las únicas que provocan en el instinto su dinámica agresiva y destructora. A la regulación de la libido por la ética, hay que proclamar la autorregulación por la economía del sexo, que «consiste en el rechazo de toda norma o regla absoluta»¹⁴. No hay que mantener, pues, la abstinencia por ningún motivo, pues, además de ser «peligrosa y nociva a la salud», ella misma manifiesta ya «un síntoma patológico»¹⁵. El único camino abierto al hombre, para redescubrir la inocencia y armonía de la sexualidad, consiste en la liberación de las múltiples represiones para vivirla en un clima espontáneo, donde se permita la búsqueda del placer sin ninguna cortapisa.

Esta importancia otorgada al sexo fue la que provocó también sus tensiones y ulterior expulsión del partido comunista, ya que semejante insistencia en los derechos de la sexualidad ponía en peligro la pri-

¹⁴ *La révolution sexuelle*, Paris 1968, 78.

¹⁵ *Ibid.*, 172 y 175.

macía de la lucha de clases, desvirtuando la revolución. Su respuesta a estas críticas tenía una fundamentación psicológica. El que no haya roto con las barreras, prohibiciones y normativas creadas en torno a esta zona, nunca será tampoco un verdadero revolucionario. Al fin y al cabo, el nazismo y cualquier régimen autoritario necesita como base la frustración sexual para encontrar en él una forma perversa de sublimación, con la que dar salida a las tensiones internas¹⁶. El hombre sumiso a los imperativos sexuales está incapacitado para superar otras múltiples esclavitudes. Al impedir que la energía sexual fluya libremente se produce un gasto impresionante de fuerzas, que deberían ser empleadas en la resistencia contra la opresión. La obediencia y el respeto medroso a la autoridad paraliza toda rebeldía y el ciudadano se convierte en un ser acrítico y maleable, sin tomar conciencia de las manipulaciones a las que se encuentra sometido.

UNA VISION HUMANISTA: LA DENUNCIA DEL CAPITALISMO

E. Fromm, desde un marxismo mucho más humanista, pone el psicoanálisis al servicio de una doble tarea, en la línea abierta por Reich, aunque con algunas diferencias significativas. El papel de la sexualidad no alcanza un nivel tan alto y preponderante como en los autores anteriores, mientras que insiste con más fuerza en la importancia de la sociedad para la modelación de lo que él llama el carácter social. La maduración del hombre no puede efectuarse sino por la vía del amor oblativo, hecho de respeto, comprensión, responsabilidad y espíritu creativo. El instinto sexual requiere esta misma orientación para conseguir la meta y el ideal de toda pedagogía educativa: llegar a ser, en lugar del simple tener. O dicho con otras palabras: abandonar la opresiva carga de tantos deseos y ambiciones materiales, mercantilista e interesadas para re-encontrarse con las exigencias más hondas e íntimas del ser, que postula el amor, el placer y la comunión. La savia del judío que, aunque se confiesa increyente, ha conocido el mensaje revelado, se halla injerta en todo su pensamiento¹⁷.

Su protesta nace, entonces, contra el tipo de sociedad en la que

¹⁶ Véase, sobre todo, *La psychologie de masse du facisme*, Paris 1974, y *L'irruption de la morale sexuelle*, Paris 1974.

¹⁷ Entre su amplia bibliografía señalamos, *¿Tener o ser?*, México 1978; *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, México 1974; *El arte de amar*, Buenos Aires 1970. Estudio de su pensamiento en A. CAPARRÓS, *El carácter social según Erich Fromm. Estudio crítico de su obra*, Salamanca 1975.

vivimos, donde los valores fundamentales son el mercantilismo, la posesión y la competitividad, que bloquea en sus raíces el desarrollo del amor e impide que el sexo se viva en un clima de relación personalizada. Semejantes esquemas, especialmente cuando son transmitidos por las instituciones, moldean al individuo de tal manera que lo impermeabilizan para el descubrimiento y praxis de las necesidades más humanizantes. La sociedad capitalista encierra los rasgos típicos de una neurosis, al impedir por su ideología la apertura y comunión a los demás y favorecer los intereses egoístas e individuales de los privilegiados.

Uno de los errores del psicoanálisis fue el enfoque de la familia, que era estudiada sólo como lugar privilegiado de las relaciones afectivas, y no como el instrumento más válido de la sociedad para imprimir en el niño una estructura específica. De ahí que algunos postulados freudianos, como el complejo de Edipo, hayan perdido vigencia en su pensamiento, pues no tiene por qué existir en otro modelo de familia «donde no rige una fuerte autoridad patriarcal». El día «en que se respete, de verdad, la integridad de cada individuo —y por consiguiente de cada niño— el complejo de Edipo desaparecerá»¹⁸.

LA EXPLICACION DEL AUTORITARISMO: FACTORES PSICOLOGICOS

El por qué se acepta tan fácilmente una estructura autoritaria ha sido un punto sobre el que ha querido insistir en algunas de sus obras¹⁹. Hay hombres que sólo son felices obedeciendo a la autoridad —lo mismo que otros disfrutaban rebelándose—. En todos estos casos la subordinación está sostenida no por motivaciones racionales, sino por los influjos del mundo afectivo. Los sentimientos de miedo, admiración, cariño, búsqueda de perdón, seguridad, etc., hacen que el subalterno renuncie con gozo a su propia autonomía para convertirse en un instrumento del superior, cuya voluntad decide siempre de forma definitiva.

Como el sometimiento mantenido exclusivamente con medios violentos y coactivos supondría un control gigantesco y oneroso, provo-

¹⁸ E. FROMM, *El complejo de Edipo y su mito*, en AA. VV., *La familia*, Barcelona 1978, 217-245. Las citas se encuentran en las p. 244 y 245.

¹⁹ *El miedo a la libertad?*, Madrid 1977; *Ética y psicoanálisis*, México 1971, sobre todo 157-172, y *Sobre métodos y objetivos de una psicología social analítica*, en AA. VV., o.c. (n. 7), I, 112-142.

cando un malestar impresionante, tiene que terminar interiorizándose por medio del super-yo. Las razones y justificaciones que se exhiben no responden a las verdaderas, que permanecen reprimidas. Cualquier impulso o deseo incompatible con el esquema social queda de inmediato arrojado al inconsciente. Es verdad que esta renuncia supone siempre una dosis de dolor, pero la obediencia contiene también algo placentero, pues satisface tanto la necesidad de mitigar el miedo, como la exigencia de grandeza y poder, al sentirse vinculado e integrado con la autoridad. El requisito indispensable de esta última es que los individuos esperen de ella protección y firmeza, pero que, al mismo tiempo, le teman lo suficiente para evitar su rechazo o exclusión.

Por eso existen rebeldías un tanto epidérmicas y superficiales. El rebelde libera su hostilidad contra la excesiva dureza, la injusticia o la falta de amor, aunque sólo superficialmente, pues conserva las mismas necesidades psicológicas. La nueva autoridad sabrá aprovecharse de esos errores para atraer a los descontentos y ofrecerles otras perspectivas que, en el fondo, mantienen idénticas estructuras²⁰.

Fromm está muy lejos, por tanto, de las proclamas ingenuas y libertarias de la revolución sexual. El hombre requiere una modelación de su conducta y de su sexualidad. El punto clave consiste en conocer qué normas orientadoras ofrecemos y qué mecanismos utilizamos para su imposición. La enorme influencia de los factores económicos en la elaboración de esos valores y de los factores psicológicos en el proceso de asimilación vinculan estrechamente las perspectivas del marxismo y del psicoanálisis, la doble dimensión política y psicológica del sexo.

EL HOMBRE UNIDIMENSIONAL: LA URGENCIA DE UNA REFORMA

H. Marcuse va a seguir también un camino intermedio entre los postulados freudianos y el proyecto revolucionario de Reich, donde «prevalece un restante primitivismo, que anticipa salvajes y fantásticas ocurrencias»²¹. La reforma social es imprescindible, pues la simple rebelión sexual puede estar vacía de contenido, si no se dan otras estructuras, que eviten hacer de aquélla una mera frivolidad. Pero frente a los autores reformistas, que intentan una revisión del maestro, él quiere mantener su fidelidad a Freud, aunque no comparta todas

²⁰ Además de los trabajos ya citados, puede verse su interesante estudio sobre *Autoridad y familia. Parte sociopsicológica*, en AA. VV., *o.c.* (n. 7), I, 184-259.

²¹ *Eros y civilización*, Barcelona 1968, 220.

sus conclusiones pesimistas: «la idea de que una civilización no represiva es imposible es una piedra central de la teoría freudiana»²². El principio de realidad, con la correspondiente dosis de renuncia, sigue siendo una verdadera exigencia humana. Sin embargo, no hay que justificar con él un exceso de represión, como ha sucedido en la sociedad capitalista. El error fundamental consiste en no distinguir claramente los procesos biológicos, cuya represión es necesaria para la supervivencia de la especie, y la super-represión impuesta por la dominación social. Una civilización no represiva sería utópica e impensable, pero no se puede aceptar tampoco la esclavitud alienante de una sociedad en la que la persona se valora por la ley de la producción y del consumo.

El hombre unidimensional es el gran retrato del hombre dominado en todos los aspectos de su vida e incapaz de una existencia libre y personal, por haberse convertido en un gigantesco robot dentro de las industrias modernas. Pide, por ello, no una mera revolución política o económica, sino un cambio radical de toda la existencia, para que la sociedad deje de ser una fábrica, en la que se imponga al ser humano lo que debe pensar (control de la educación), lo que debe hacer (alienación del trabajo), lo que debe comprar (control de la consumición) y hasta lo que debe desear (control de la publicidad), dándole, al mismo tiempo, la impresión de que actúa con libertad y autonomía. Es el análisis de las nuevas sociedades modernas, en las que se esconden, bajo unas apariencias democráticas, una terrible estructura totalitaria basada en la explotación del hombre por el hombre²³.

Si el eros se liberara —el ser humano es fundamentalmente deseo de vida y amor—, no se soportaría la alienación del trabajo. Por eso, cuando el sistema se atemoriza por esta liberación, fomenta una moral relajada, aunque dentro de una estructura idéntica, que impide el cambio pretendido. Lo importante es mantener siempre el mismo sometimiento a unos determinados esquemas sociales, que conviertan al sexo en una fuerza agresiva y destructora. El cuerpo del trabajador ha sido desexualizado para utilizarlo como un simple instrumento de producción, a fin de que el principio de rendimiento oriente la explotación hacia una creciente ganancia y un consumismo mayor. El día que tales esquemas llegaran a destruirse y la sexualidad quedase liberada, asistiríamos al nacimiento de una nueva sociedad, donde las relaciones humanas y laborales podrían vivirse en un clima de libertad civilizada, sin las extravagancias de una absurda revolución sexual y sin la organización represiva de una cultura capitalista.

²² *Ibid.*, 30.

²³ Cf. su estudio sobre *El hombre unidimensional*, Barcelona 1969.

Si el hombre moderno ha llegado a esta dosis de erotización desenfrenada, no es consecuencia exclusiva de su perversión, sino de las condiciones económicas y laborales en que se halla sumido. En esas condiciones de asfixia humana, por faltar espacio para el ocio y la tranquilidad, el sexo busca un desahogo instintivo, una compensación meramente genital. El hombre, vasallo del sexo, es el fruto de tantas esclavitudes laborales. De ahí la esperanza utópica de que, al cambiarse tales condiciones, alcance una libertad más humana y pueda vivir la sexualidad en toda su dimensión²⁴.

EXIGENCIAS EDUCATIVAS: MAS ALLA DE TODA REPRESION

La recogida de todos estos datos, un tanto sintéticos y parciales, y cuyos planteamientos no es ahora el momento de analizar con mayor detención, plantea una serie de reflexiones que sólo intento sugerir con suma brevedad.

Hay un primer punto, que constituye el presupuesto básico de cualquier fundamentación ética. Casi todos los autores insisten en que vivir la sexualidad, con su perfil humano, no se consigue de una manera espontánea, siguiendo las leyes del instinto. La educación se hace imprescindible en todos los órdenes para superar ese estadio infantil y egoísta, que sólo busca la satisfacción inmediata de las propias apetencias e instintos. La conducta, abierta a cualquier posible configuración, necesita un refuerzo y una dosis de renuncia, si quiere alcanzar un nivel mínimo de equilibrio.

La pulsión sexual no escapa tampoco a esta exigencia. El gran error de Reich y de otros ingenuos revolucionarios ha sido la creencia de que, cuando el ser humano se libere de toda normativa, la libido aparecerá como una fuerza integrada, ya que sus componentes destructores y agresivos son un producto exclusivo de la represión moral. Semejante optimismo no deja de parecer a la mayoría una ingenuidad demasiado idealista. Las exigencias psicológicas, necesarias para una maduración, se convierten en imperativos éticos. El principio de realidad, por utilizar una terminología freudiana, debiera moldear los impulsos anárquicos y descontrolados del principio del placer. La moral no es un lujo, sino un requisito necesario de la misma educación.

Peró, apoyándose en tal exigencia, no es lícito tampoco justificar

²⁴ Para un análisis de su pensamiento, M. SIMÓN, *o.c.* (n. 13), 99-118; J. M. CATELET, *Lectura de Marcuse*, Barcelona 1969; J. GÓMEZ CAFFARENA, *Meditación sobre Marcuse*, Raz y Fe 200 (1979) 216-225.

ninguna realidad represora. El miedo, el tabú, la sospecha, el recelo, que con tanta frecuencia rondaban a la sexualidad, creaban un ambiente apto para la implantación de tales mecanismos e impedían un acercamiento limpio y transparente a esta dimensión humana del hombre. Sin caer en tópicos exagerados, nadie se atreverá a negar la falta de limpieza psicológica que se ha dado en este terreno, ni sería falso afirmar que, en nuestra educación cristiana, la vivencia del sexo era demasiado problemática para transmitir una estima y aprecio equilibrado de su valor. Son demasiadas las anécdotas, curiosas y superficiales en muchos casos, pero reveladoras de una actitud que se ha transmitido sin querer, de forma inconsciente, y que, en ocasiones, ha constituido un obstáculo más que una ayuda pedagógica para la posterior evolución²⁵.

LA MADURACION DE LA PERSONA: SU DESTINO HACIA EL AMOR

La sexualidad, en su sentido más amplio, es una exigencia de la persona e implica un mundo de fuerzas, pulsiones, deseos, tendencias y afectos, que se habrán ciertamente de integrar, a través de un proceso evolutivo, pero del que nunca se puede prescindir. La castidad no es sinónimo de continencia. Esta es dable también en sujetos inmaduros, sin problemas aparentes en este campo, pero cuya tranquilidad es periférica por haberse obtenido con una fuerte dosis de represión. Ser conscientes de su existencia y de sus derechos no es fomentar la anarquía, sino abrir el único camino válido para su integración dentro del psiquismo humano, como fuerza armónica y constructora de la personalidad.

La educación sexual, por ello, no puede reducirse a unos simples conocimientos anatómicos, ni aplicarse sólo al ámbito de la biología, como si el hombre fuera exclusivamente un mono desnudo. Frente al espiritualismo exagerado de otras épocas, hoy tenemos el peligro de caer en una especie de naturalismo zoológico, donde los factores psíquicos de la sexualidad quedan eliminados. Semejante tarea sólo es posible cuando el hombre madura en la totalidad de su persona y se abre hacia los demás en una actitud oblativa. En este contexto, la ética aparece como un requisito para que el diálogo comunitario entre el hombre y la mujer, en sus diferentes facetas, alcance esta profundidad

²⁵ A título de ejemplo, véase F. BLÁZQUEZ, *Cuarenta años sin sexo*, Madrid 1977, donde recoge abundantes testimonios y hechos que confirman esta realidad.

y que cualquier tipo de relación, a través del cuerpo, no viole el misterio y la dignidad de la persona, ni olvide lo que ello significa: algo más que estancarse en la superficie de su piel²⁶.

Esto explica la clara orientación que hoy existe a incluir el amor dentro del sexo. «El análisis de los datos previamente ofrecidos en esta investigación ha demostrado que, al contrario de lo que suelen sostener ciertos apologistas de la libertad sexual, el placer sexual y la cercanía emocional aún siguen estrechamente ligados para mucha gente»²⁷. Hasta los autores que han analizado la sexualidad desde un punto de vista puramente biológico, han confirmado esta experiencia. Si el simple placer puede lograrse mediante cualquier actividad genital, el placer humano y totalizante exige un contexto de amor y compromiso²⁸. El mismo Reich admite la conveniencia de la ternura y el afecto mutuo para que el orgasmo no sea una mera función biológica, aunque la fidelidad en el amor constituya para él un signo característico de la ideología burguesa²⁹.

DIFICULTADES ACTUALES EN LA TRANSMISION DE ESTOS VALORES

La consecución de esta meta resulta ciertamente difícil en nuestro mundo moderno, puesto que todos los valores imperantes —como han denunciado Marcuse y, sobre todo, Fromm— son radicalmente opuestos a este esfuerzo pedagógico. Cuando en el modelo de las relaciones sociales se da la primacía al interés económico, a la productividad competitiva, a la búsqueda del mayor beneficio, a la defensa de los privilegios por encima de todo, a la conquista de cualquier tipo de poder, a la utilización de los otros en función de los propios fines o necesidades, etc., sería absurdo esperar que psicológicamente el hombre esté capacitado para vivir su sexualidad con otras características diferentes. La estructura social configura de alguna manera nuestra propia psicología, ya que es imposible una respiración sana, cuando el ambiente se ha hecho denigrante.

Por otro lado, tampoco conviene olvidar el influjo extraordinario

²⁶ Sobre las formas deficientes del encuentro, P. LAÍN ENTRALGO, *Teoría y realidad del otro*, Madrid 1965, II, 135-152.

²⁷ M. HUNT, *La conducta sexual hoy*, Barcelona 1978, 277.

²⁸ Véanse las conclusiones de W. H. MASTER-V. E. JOHNSON, *Respuesta sexual humana*, Buenos Aires 1967, y *El informe Hite. Estudio de la sexualidad femenina*, Barcelona 1977, 373-381.

²⁹ Cf. o.c. (n. 14), 187-226.

de la familia en la transmisión de estos valores. El rechazo bastante generalizado contra esta institución, desde una óptica marxista y aun desde una simple perspectiva psicológica, se fundamenta precisamente en su carácter inmovilista y conservador. Muchos creen que es el reducto más fuerte, que aún existe en nuestra sociedad, contra el que será necesario seguir luchando, si se quiere un cambio auténtico de estructuras. Y la verdad es que muchas de estas críticas tienen una base real y podrían haber surgido también si el modelo, de lo que a veces se ha considerado como familia cristiana, lo hubiéramos confrontado con las exigencias de la fe y del evangelio³⁰.

No sería justo negar tampoco el papel de muchas ideologías para mantener determinadas normas y pautas de conducta, cuya explicación última habría que encontrarla en la defensa de otros intereses. Bastaría reflexionar, como ejemplo, sobre la imagen, funciones y tareas de la mujer, que no responden en muchos puntos a ningún dato objetivo y realista, sino a los deseos y necesidades del hombre como dominador y jefe³¹.

Por ella, la ética sexual no debería limitarse a la condena exclusiva de los fallos individuales, sino que su denuncia y protesta tendría que levantarse también contra las múltiples condiciones sociales existentes, que dificultan e impiden este humanismo del sexo. Educar es hacer al hombre sensible para sentirse impresionado por los valores humanos, pero esta sensibilidad valorativa no es posible sin un mínimo de cultura, ambiente y condiciones económicas. Antes de exigir una determinada moral, hay que protestar y mejorar primero una serie de circunstancias que condicionan, en gran parte, la misma maduración del individuo.

Y es que si la sexualidad sociabiliza al hombre, la sociedad configura a su vez el comportamiento sexual de la persona, a través de las relaciones humanas y familiares, y en función de las estructuras socioeconómicas, que influyen también en la modelación, consistencia e importancia de ciertos valores. Haber subrayado esta dimensión ha sido probablemente la característica más acusada de este último siglo.

E. LÓPEZ AZPITARTE, S.J.

Facultad de Teología Cartuja
Granada

³⁰ Me remito a dos artículos más recientes sobre el tema, J. DUPONT, *Jésus et la famille dans les évangiles*, *Comm. et Litur.* 6 (1970) 477-491, y J. M. CASTILLO, *La familia y el Evangelio*, *Proyección* 28 (1981) 35-48.

³¹ Puede verse el estudio de J. M. AUBERT, *La mujer. Antifeminismo y cristianismo*, Barcelona 1976, donde ofrece multitud de datos.